

nes de marina disparan y se incendian hasta trece ocasiones; la falúa no interrumpe su grave bogar arrogante; los negros de los cayucos, como enloquecidos con los disparos, gritan y se zambullen en el mar; las gaviotas, graznando, vuelan azoradas por cima de todas las embarcaciones surtas y cabeceantes en la mansedumbre de la bahía; el retumbar de los cañones paséase vibrando por mar y tierra, y el sol, este sol africano de derretido plomo, quema las casas, los árboles, las ondas, las nubes...

El comandante y los oficiales del CONGO tributan al Gobernador, cuya falúa atracó á nuestra escala, los honores que á un gobernador son debidos en buque mercader; y mientras todos los viajeros hallanse distraídos con lo inusitado del espectáculo, á mí me tira un grupo aislado de tres individuos negros, de arabesco pergeño, que no se apartan de la borda del navío. Descubro á poco qu'énes son: un rey y dos príncipes del Dahomey ó de la Senagambia, que van á París; el primero, á visitar al Presidente Carnot, y los segundos, á un colegio de Túnez, á instruirse según corresponde á los herederos de dos tronos...

Es el rey un hombrazo hermoso y corpulento; gasta turbante alto y manto azul; ostenta su pecho cuajado de condecoraciones, la Legión de honor en cuenta; se expresa en un francés admirable.

Los príncipes, en cambio, no pueden disimular su emoción, á pesar de su manto, negro como su piel, á pesar del fez rojo cuya borla, á modo de mariposa aturdida, golpéase á cada instante contra las cabezas inquietas que se juntan para confiarse secretos, que se apartan para colgarse sobre la baranda y ver hacia allá... No pueden disimular su emoción, con idolatría positiva contemplan la costa, su tierra calcinada, su tierra, mortífera para los extraños, es decir, vengadora de invasiones, y de destrozos, y de conquistas. Y como aunque príncipes, son un par de granujas todavía,

cuando no miran nostálgicamente á la playa, miran, envidiándolos, á sus súbditos independientes, los que en sus piraguas rodean el vapor, y, casi en cueros, se bañan, ríen, gozan!... Ellos, los príncipes, nó; tienen que manifestarse serios y dignos; que aceptar de buen talante el temporal exilio, con aires de indiferencia solemnísimas.

Al atardecer, echamos á navegar.

Acércome al mayorcito de los príncipes, que, aunque hurraño y medio desconfiado, dícame al fin su nombre:

—Se llama Abdul-Quién-Sabe-Cuántos...

Los tres son musulmanes.

11 de septiembre—(A bordo) Durante la mañana íntegra, Las Canarias á la vista; la tierra de Benito Pérez Galdós.

A la tarde, celebro mi cuarta *interview* amistosa con S. M. YamarM'Djed.

Me permite asistir, dentro de su camarote, á sus oraciones de la puesta del sol; oraciones que musita presa de unción, de rodillas á pesar de los balances del vapor que á mí me obligan á no desasirme de los hierros de una de las literas, edificando con su ejemplo á los dos príncipes arrodillados á sus flancos, y al sirviente senegalés que lleva consigo á Francia el Gobernador de St. Louis, M. de la Mothe.

Terminada la plegaria, muéstrame S. M. su traje de ceremonia, y obséquiame con un pequeño puñal forjado en su país, que, en mi presencia y para cedérmelo, el príncipe Abdul retira de su cinto...

Luego, en la cubierta abandonada, tarde en la noche, tumbados en nuestras sillas plegadizas, sin mirarnos las caras, fumando Yamar una especie de "narghilé" y yo un aromado "Hoyo de Monterrey," sereno el mar, besando plácidamente los

costados del CONGO, Yamar y yo charlamos de muchas cosas, de su Africa, de mi América, de Europa; y divagando, divagando, perdido el mirar en los millones de mundos que cintilan en el terciopelo del firmamento, Yamar declárase mi amigo... luego, confésame que prefiere el caballo á la mujer:

“... el caballo es más fiel y más amante, pe-
“lea y muere con nosotros... la mujer... la mu-
“jer es impura, nos debilita, y, á la larga, nos
“vuelve cobardes...”

¿Tendrá razón el rey africano?

BURDEOS

17 de septiembre—Acabo de desembarcar, después de veintitrés días de viaje, la travesía mayor que hasta hoy he hecho en mi vida.

Extraño!... Nada experimento de hallarme en Europa una segunda vez. ¿Será ello síntoma de prematura vejez, atentos mis casi 29 años?...

En carruaje recorro los bulevares y el Parque Bordelés ¡qué francés es Burdeos, Dios mío! A cada paso, en cada casa, en cada calle, tropieza uno con detalles completamente galos.

De vez en cuando, una fisonomía, un fragmento de altercado, un rótulo de tienda, un olorillo pestilente de ajo, ó una aura perfumada de violetas—los dos olores dominantes de la ciudad,—obligan á recordar que se está en el Mediodía, muy cerca de España, y quizá, quizá no muy lejos de Tarascón.

18 de septiembre—Un afamado especialista, M. Picot, visita facultativamente al Ministro Sánchez Azcona, y en virtud de su halagüeño pronóstico, nos quedaremos unos diez días.

Don Joaquín García Conde, cónsul de México obséquiame con un número de “El Partido Liberal” de mi tierra, en el que Manuel Gutiérrez Nájera, á propósito de mis “Impresiones y Recuerdos,” ha escrito cariñosísimo artículo sobre mi personalidad literaria. Esta misma noche lo remitiré á Buenos Aires, á Rafael Obligado, para que le dé lectura en alguno de sus “sábados.”

El propio señor García Conde me da, luego, informaciones bien tristes respecto de México: la reciente baja de la plata, parece que ha empobrecido al país entero, y de ahí las economías gubernamentales multiplicándose, la administración ahorra y suprime empleos....

Estremézcome de pensar en mi cesantía!... No sé hacer más que libros, soy un pobre artista incapaz de ganarme la vida de las maneras varias con que se la ganan tantos y tantos prójimos—¡no semejantes!—que yo conozco... Estoy desarmado para habérmelas cara á cara con las crueldades de la existencia. Probablemente sería un pésimo banquero, en un orden, y un head-waiter, peor, en otro orden; é ignoro si habré de principiar aquél ó éste aprendizaje....

21 de septiembre—De paseo nocturno por el *Cours de l'Intendence*, compro "La Guerre et la Paix," de Tolstoi, y me prendo de un puñal japonés de cubierta de bronce.

23 de septiembre—A veces, echo un vistazo hacia atrás, á los últimos cinco años, y Guatemala, Europa, Buenos Aires, el Brasil, los miro muy lejos, mucho; paréceme que durante este tiempo he vivido soñando....

Consuélame, sin embargo, una certidumbre arbitraria de que he de seguir en esta carrera dorada y artificial. ¿Presentimiento ó deseo solamente?....

Siempre obsesionado por el asunto de ese libro que escribiré algún día, invento una sobrina que no existe en tales condiciones, que nunca vendrá de educanda, y logro que se me admita en el jar-

dín y la capilla del colegio del Sagrado Corazón, situado en los alrededores de Burdeos. ¡Qué bien siéntome, en el jardín sobre todo, que es más cercano pariente de un bosque que de un jardín! De poco tiempo acá, amo estas visitas prolongadas en los conventos, y noto que las religiosas, en lo general, como que me demuestran algo de simpatía.

Compré el puñal japonés, no obstante lo elevado de su precio.

24 de septiembre—Un medio día dulcísimo, asomado á las intimidades de un hogar de verdad, de un hogar mexicano: almorcé en la casa del cónsul García Conde, á 40 minutos de Burdeos.

27 de septiembre—Ocho horas de ferrocarril, desde Burdeos á París. Almorzando, á bordo del tren, miro una segunda vez, á lo lejos, el tristemente célebre Castillo de Blois; y como mucho llueve, la diáfana cortina de agua que lo esfuma se me figura que quisiera esconder el vetusto monumento, borrarle las leyendas, borrarle la sangre del asesinado duque de Guisa. . . .

...el resollar de París, su aliento dé coloso, háceme asomar á la ventanilla y empezar desde aquí, desde las afueras, mi segundo abrazo á la capital de los que persistimos en creer que las odas no sólo son buenas "de un billete de banco al dorso escritas;" para los que buscando mucho, algo solemos encontrar que no gusta—¡dichosamente!—á los demás; para los que, así sea un poquitico, vivimos á millones de leguas, aun dentro de nuestros ignorados campanarios que con sus moradas colindan, de las personas de "buena conciencia," y de buenas digestiones, y de mejores empleos, y de negocios turbios, y de agios limpios, et sic de coéteris.

P A R I S

28 de septiembre—En la OPERA COMICA, á ver la "PHRYNÉ" de Saint Saens.

Al salir, voyme á pie hasta el hotel, con escala en la Taverne Pousset. ¡Cosa más rara! . . . ó aquel entusiasmo que me animó cuando mi primera permanencia en París, si no ha desaparecido poco ha de faltarle, ó estoy en un momento de anormal indiferencia, pues hasta el batallón de mujeres galantes desfilando por la acera é invitando al placer con sus miradas metalizadas y lascivas, hasta ellas me dejan frío, apurando con lentitudes mi medio litro de cerveza de Múnchen.

¿Comienzos de decadencia física? . . .

Nó! . . . al fin el boulevard triunfa y me distrae: los camelots, que proclaman sus industrias y mañas; los "atorrantes"—que dirían en Buenos Aires,—atisbando las colillas de los cigarros desperdigados por los suelos y hábilmente recogidas por ellos, con sus bastones encorvados; los fiacres, amontonados á las puertas de los cafés; las luces eléctricas; los árboles, la arteria toda me vence y subyuga casi como antes, vuelve á arrullarme. . . .

En la Avenida de la Opera, asáltame una chica:

—Viens avec moi, nous ferons de très bonnes choses. . .

Rehuso sin cóleras, con buenas palabras, y la pobreilla, ya más animada, pídemme un franco, no ha comido! Se lo doy y se aleja, muy de abrigo y de sombrero, disfrazando con ellos su miseria y su hambre. . .

¡Qué le vamos á hacer! París, aunque quiera, no puede dar de comer á todo el mundo.

29 de septiembre—Peor de la morriña, acudo al remedio que nunca me falla: cansar mi cuerpo con el ejercicio y recrear mi vista con la naturaleza; me voy á pie desde el hotel—Avenida de la Opera—hasta el Louvre, por las calles de la Paix, Castiglioni, Rívoli, y regreso por las Tullerías.

Entré á conocer el panorama de la Historia del Siglo.

Después, apoyado en el parapeto que cae á la Plaza de la Concordia, admiro una estupenda puesta de sol, y, por primera vez, reparo en que no obstante la suntuosidad de la Plaza, no obstante el sinnúmero de carruajes que tarde á tarde por aquí regresan del Bosque, no obstante, como hoy por ejemplo, la magnificencia del celaje, los cambiantes de luz, la gloria del crepúsculo, el monumento á Alsacia-Lorena, colgado de crespones, banderas y coronas fúnebres, está llorando la Amputación Nacional que no cicatrizará nunca, mantiene vivo el odio santo, la idea viril de reivindicación y de revancha, reparte en el artístico conjunto un aura de sufrimiento y duelo. . . .

Cae la noche y yo completo mi sensación: á la izquierda, el Sena, de acero pavonado, hébese las postreras claridades de la tarde, trayendo ya, en la cresta de sus ondas, jirones de cielo, negruras de noche, retratos de edificios y de todo lo que ha visto en un día, los fuegos fátuos de las primeras iluminaciones, que se alargan en su espinazo intranquilo, desmesuradamente. . . A mis espaldas, risa de niños que juegan y resisten á los llamados de ayas y nodrizas. . . En lo alto, no alcanzo á descubrir dónde y se lo achaco á los castaños centenarios,—á los castaños que con esta su misma indiferencia druídica presenciaron algunos horrores de jacobinos, maratistas y otras hienas,—gorjeo de pájaros que aletean en los nidos tibios, junto á sus hembras. . .

Puedo tornar á casa.

1.º de octubre—En el GIMNASIO, á ver “Une vengeance,” comedia nueva de M. Henri Amic.

Los ocho meses que habité París, hace tres años, me lo grabaron á perpetuidad, me familiarizaron con sus idiosincrasias y detalles. A cada instante lo palpo.

2 de octubre—¡Maudito! Ni en las casas de antigüedades, ni en las de artículos de lujo, ni en parte ninguna ¡en París!, se encuentra un busto en bronce de Diderot...

Aléganme los mercaderes, que nadie pide tal busto; que venderían, si acaso, uno ó dos, y prefieren no encargarlo á artista ninguno...

Ingrata y bárbara, como los contemporáneos de todas las épocas y de todos los países.

¿Qué tal la posteridad, eh?...

4 de octubre—Realizo uno de los mayores deseos de mi vida de hombre de letras: hoy visité á Emilio Zola.

Estuve en su casa,—rue de Bruxelles,—á las 2 de la tarde, y la conserje me informó de que el maestro había salido y no regresaría hasta las 6. Exigióme mi tarjeta, no obstante haberle asegurado que Zola no conoce mi nombre, y en mi tarjeta escribí, que “de paso por París, solicitaba la honra de que él me recibiera...”

A las 6 en punto volví, y un criado, de gran librea,—calzón corto, casaca roja,—me abrió una vidriera de colores, con imágenes pintadas como en las de los templos, que se halla á la izquierda del portal: ahí principia la morada del gran novelista!

En esa especie de vestíbulo espero á que me

anuncien; y mientras soy recibido, examino el local y la escalera que comienzo á subir. Todo es un museo de preciosidades artísticas, las alfombras, las lámparas, las colgaduras, las tapicerías... Destácanse dos ó tres monstruos colosales, en bronce chino. En el primer rellano, descuellan una ara de madera tallada y un alto relieve, de talla igualmente, que lo menos cuenta trescientos años...

—*Quand Monsieur voudra...*—murmura respetuosamente el lacayo.

Todo emocionado, concluyo de ascender la escalera sin poder ya determinar sus detalles, salvo una copia en mármol de la Venus de Milo, á la izquierda, de más de mediano porte, que mancha deliciosamente de blanco y de belleza el severo conjunto.

Troplezo, arriba, con el mismísimo Zola, que cruza el corredor, á paso veloz, con papeles en la mano, vistiendo saco *coin-du-feu* y zapatillas.

—Permitame usted unos instantes y dispense lo revuelto de la casa... *Introduisez Monsieur au salon...*

Una puerta se lo traga, y el criado, que lleva una lámpara encendida, me abre el salón, en él me instala y me hace una reverencia profunda.

El salón, en estos momentos, parece un bazar, todo se encuentra aglomerado, sin orden ni concierto. Junto á primorosa silla de manos Luis XIV, un enorme plumero recuesta sus plumas en los Gobelinos que tapizan unas poltronas arcaicas... Aquello, arreglado, ha de ser maravilla de buen gusto; los elementos sobran. Por ejemplo, el plafón, es otro Gobelino, mayúsculo y encuadrado en peluche, representando asunto mitológico que no alcanzo á distinguir á mis anchas... Y en los muros, en los rincones, en los vanos de puertas y ventanas, por el piso, encima de los muebles, preciosidades, siempre preciosidades...

Zola, sin duda, ocúpase en negocios, pues de la

pieza de al lado, desprendiéndose de un confuso murmullo de voces, viéneme, integra y por ocasiones repetidas, esta frase sin sentido sonando así, aislada:

—“Dans dix jours...”

De súbito, ábrese una puerta, y el autor de los ROUGON-MACQUART me tiende su mano:

—¿Monsieur désire?....

—Nada más que esto, señor, conocerlo á usted de cerca y en persona, después de haberlo seguido mucho tiempo de lejos, en sus libros....

Inclínase, se sienta, apoya los brazos cruzados sobre sus rodillas, y, meciéndose suavemente, sin apartarme la vista, damos principio á nuestra charla.

Háblele de sus obras, y por halagarlo, de los festejos con que acaban de obsequiarlo en Londres. Aunque Zola se declara agradecido, conózcole que se siente merecedor y digno de festejos y de elogios. En toda su conversación ¡hélas! poquísimas ideas, lugares comunes, respuestas de escaso interés: ó sólo revela su genio cuando escribe, ó mi visita, que á mí me significa tanto, á él maldito lo que le importa....

.... que “L’Oeuvre” no es su autobiografía, aunque para pintar el personaje de Sandoz se copiara muchas cosas propias; que no escribe ni escribirá jamás sus memorias, porque tiene de sobra con el trabajo de sus novelas; que su propia correspondencia,—si á su muerte fuese impresa,—no ofrecería ningún atractivo....

—Los novelistas modernos correspondemos con el público por medio de nuestra obra: ni él puede exigirnos más, ni nosotros debemos dárselo!

Este es el único pensamiento hablado que recojo de los labios del maestro.

Díceme, luego, que mañana principiara “Lourdes;” que no ha prescindido de sus prácticas de

trabajo: cuatro ó cinco horas consecutivas, antes del almuerzo.

Le pido un autógrafo para mi álbum, y de bonísimo grado se lleva éste á su gabinete, volviendo á poco con el volumen abierto entre sus manos, á fin de que no se emborrone lo escrito por él, su conocida y profunda teoría estética:

—“Une oeuvre d’art est un coin de la nature vu á travers un temperament.”

Y su firma, EMILE ZOLA, con su letra grande y anticuada, llena de notoriedad ilustre el armiño de la página y enriquece—;pero á qué grado para mí, dada la admiración tan honda que he nutrido por el novelista insigne!—mi colección de autógrafos.

Al despedirnos, el maestro hace gala de una cortesía excesiva, acompáñame hasta media escalera....

No puedo olvidar lo que me repuso cuando en el curso de la plática le dije que no le ofrecía mis libros—;mis pobres libros!...—porque ya sabía que ignoraba el idioma español:

—Hace usted bien,—repúsome,—si supiera cuántos libros me llegan escritos en esa lengua, que yo ni abro siquiera... Sólo leo en castellano, y eso con dificultades grandísimas, los artículos de diario en que hablan de mí.

Sin salir desilusionado precisamente, sí salgo con una impresión de desconuelo. Nada puedo reprocharle á Zola en su recibimiento y trato, nada... pero yo necesitaba otro Zola muy distinto, el que yo cariñosamente tenía engendrado en mi propio cerebro.

6 de octubre—En el ferrocarril de cintura, después de almorzar, hasta Auteuil, á visitar á Edmundo de Goncourt.

Desde lejos identifico la casita, enclavada en el

boulevard de Montmorency, por tenerla muy conocida en libros y grabados.

Llueve á cántaros.

Franquéame la entrada una mal informada maritornes que apela á las luces de la cocinera, una viejecita de lo más afable y simpática.

—No está el señor,—me dice sonriendo,—ha ido á París al cabo de un encierro absoluto de quince días; se siente muy delicado y lo hace para recuperar sus fuerzas... Mañana, en la mañana, lo hallará usted, de fijo... déjeme usted su tarjeta... .

—¿Para qué—le replico,—si no me conoce?... .. yo soy americano....

—¿Americano?—repite con sincero asombro,—**ah! que c'est gentil d'être venu de si loin...**

¿Creerá la buena señora que hice el viaje por conocer á su amo?

8 de octubre—Mejor de la bronquitis que me encamó desde anteayer, hoy, que se efectúan en Longchamps las carreras de caballos con el premio municipal de 100,000 francos, yo me lanzo á Auteuil otra vez, á ver si encuentro en su casa á Edmundo de Goncourt.

Lo encontré y me recibí.

Decididamente le he sido simpático á su cocinera, pues entre sonrisas y palabras amables precedeme escaleras arriba y escaleras abajo, en ese vestíbulo maravilloso, que, al igual de la morada toda, está idéntico á la minuciosa descripción hecha por el viejo novelista en sus dos tomos de la "**Maison d'un artiste.**"

Junto á su vieja mesa de trabajo,—la mesa de "modelo" en que pintaban él y Julio, en la que luego escribieron ambos y en la que ahora sólo el anciano superviviente escribe,—me aguarda Ed-

mundo de Goncourt. Para saludarme, se descubre y no me tiende la mano, á la europea; cúbrese de nuevo, manda encender la chimenea, aunque el frío no es cosa mayor, sentámonos y me pregunta qué busco:

—Hablar con usted, conocerlo, y pedirle un autógrafo y un retrato con dedicatoria de su hermano Julio.

—Ah,—murmura, la cara tristemente iluminada por mi manera brusca de recordarle al muerto. Y volviéndose á la cocinera, que de rodillas está encendiendo la leña, agrega:

—Súbame usted un retrato de Monsieur Jules, de los buenos....

Mientras nos quedamos á solas, infórmase de si soy novelista, de dónde pasan las escenas de mis libros, de cuál es mi edad....

Dígole lo que á Zola, que no le ofrezco mis libros publicados, porque no entiende el idioma en que corren escritos.

—Es cierto,—exclama,—nosotros vivimos encerrados en el francés....

—Y hacen ustedes muy bien; ¿para qué preocuparse de las otras lenguas, si los que las hablamos ahorrámosles esa molestia preocupándonos con la de ustedes?

—Nó, no es eso; es que yo creo que á nosotros los artistas nos dañan los idiomas extranjeros, que no debemos ni intentar el aprenderlos.... Las palabras del propio, pierden entonces toda su personalidad, sus secretas armonías, sus ritmos ignorados, y se transmutan en equivalencias por lo general prosaicas, muy prosaicas....

Vuelve la criada con la fotografía de Julio, y en tanto que de Goncourt escribe en ella, yo recuerdo lo que Zola me contó acerca del mismo Goncourt y acerca de Daudet: que entrambos me recibirían; que él, Zola, se hallaba en frío con ellos, y ellos, entre sí, en intimidad de tío y sobri-

no; que ahora confían los tres juntos sólo una vez al año; que no fuera yo á repetir á nadie las informaciones que me suministraba.

¿Se expresará Goncourt de Zola en parecidos términos?...

Goncourt ha concluido de escribir; contempla un instante el rostro de su hermano, y prorrumpe al alargármelo:

—Hélo aquí!... no sé qué le dió de rizarse el cabello aquel día... Era un buen mozo!...

Y arroja la tarjeta con alguna violencia, cual si quisiera ahuyentar un mundo de recuerdos tristes. No puedo yo dominar mi curiosidad, y leo la dedicatoria manuscrita arriba de donde la tarjeta dice: "Maison A. Braun & Cie."

"A Federico Gamboa.

Edmond de Goncourt."

... Continuamos la conversación, hasta que logro llevarla á Zola:

—Zola,—dice Goncourt,—es un ingrato y un afortunado. Ingrato, porque nos debe á Daudet y á mí muchas cosas, en cuenta algunos personajes cuya paternidad descubriráse el día en que lean seriamente nuestra obra; y afortunado, porque Daudet enfermo, yo viejo y achacoso y Maupassant muerto, nadie hay que le dispute el triunfo, y él impónese, vence con su libro anual y reglamentario, se declara jefe del **naturalismo** y se declara inventor de lo del **documento humano** (frase mía exclusivamente). Luego, que para mí hay descenso en su labor; el Zola de "L'Assommoir" no es el Zola del "Docteur Pascal," ¡oh, nó! ni su sombra... Zola tiene muy pocas ideas; si lo traemos aquí, nos describirá admirablemente las bibliotecas, los cuadros, hasta el título de los libros, pero no podrá decir nada de nosotros, de usted y de mí... ¡Nunca pudo pintar séres!

... A poco, no recuerdo por qué, hablamos de

condecoraciones, es decir, de la Legión de honor. Lo hallo elevadísimo, hallo el Goncourt soñado, muy diverso del que acababa de deshollar á Zola causándome malísima impresión:

—Sí,—me afirma,—hace mucho tiempo que tengo la cruz... El imbécil del Emperador, que nunca hizo nada completamente bien, me la concedió á mí solo, me separó de mi hermano que la deseaba mucho más que yo... era un muchacho y ambicionábala **pour faire des femmes**. Por supuesto que quien me condecoró fué la princesa Matilde; está ya fuera de duda, que, si alguien no lo solicita, no hay gobierno que de **motu proprio** condecobre á nadie... destesto las tales condecoraciones; no reconozco en gobierno ninguno el insolente derecho de declarar que yo estoy por encima de usted ó por encima del de más allá, de marcarme como bueno, como excepcional, cual puede hacerlo con alguna producción del suelo... Prefiero el juicio del público, pues no obstante la tontería que lo distingue, es menos tonto y menos inmoral que el gobierno más inteligente y más honesto de cualquiera latitud. ¿Quiere usted una prueba?... **La voici:** Nunca, jamás impúsose Francia al mundo con su literatura, como en estos últimos tiempos, del 70 acá; nunca viéronse ediciones de cientos de miles de ejemplares distribuidos en el universo entero, proclamando, por nobilísimo modo, que Francia piensa, que Francia es grande, que Francia es poderosamente artista... ¿Y le parece á usted que á los autores de esas cosas se les dé la misma condecoración que á los generales de Sedán, á los maridos complacientes, y á los **ronds-de-cuir** de los ministerios?

—¿Es cierto,—pregúntole cuando se calma,—que una gran intimidad lo liga á usted con Daudet?

—Es ciertísimo! Los adoro á él, á su mujer, á sus hijos. La última de sus niñas, Edmée, es ahí-

jada mía—me explica sonriendo con la sonrisa codiciosamente melancólica de los viejos que no tienen hijos y se ven obligados á idolatrar á los hijos de otros.

—En mi vida literaria,—prosigue,—sólo dos veces he querido con todo mi corazón: cuando muchacho, á Gavarni, y ahora, de viejo, á Daudet...

Pónese á hacer el panegírico de éste, y aunque de tiempo en tiempo intercala inmodestias de á folio, como ya me ha subyugado, déjolas pasar sin censura interna, deslumbrado por los tesoros de talento que aún encierra esta cabeza inteligente, hermosa y blanca.

—¿Qué escribe usted, señor?...

—“*La Faustin*,” para el teatro.

—¿Y Daudet?...

—En medio de sus enfermedades, prepara, á la vez para el teatro que para el libro, su próxima obra: “*Le Soutien de Famille*.”

—Por esa enfermedad, precisamente, no me animo á visitarlo...

—Pues es mal hecho, porque pierde usted la oportunidad de conocer á un *causeur* extraordinario...

—Sírrame usted de padrino...

—Con todo gusto. El regresa á París dentro de una semana y yo como en su casa todos los jueves y domingos... Vaya usted en una de esas noches, después de comer... ¿Quiere usted que le enseñe la mía?

Nos levantamos y me lleva por todos lados, hasta al “granero” famoso (dormitorio antiguo de Julio), donde los domingos por la tarde reúnen algunos de sus amigos. Un encanto este “granero,” que es salón ricamente puesto, con cuadros de los pinceles mejores, acuarelas de Julio, grabados y litografías, *avant la lettre*, de Gavarni; kakemonos curiosos y raros, porcelanas, tapicerías, divanes, mecedoras... ¡Qué lindas horas han de pasarse

ahí! A la derecha de la entrada, en un “bazar” de cristales, hállanse las obras de los Hermanos Goncourt, empastadas riquísimamente. Tomo al azar un volumen que llama mi atención: es la “*Mannette Salomon*,” con las pastas de marroquí de Levante, y en cada una de éstas un medallón de esmalte ostentando, pintada en miniatura, á *Mannette* de frente y de espaldas, en el instante en que dentro del taller del pintor queda desnuda. Aquello está firmado: *Claudius Popelin!!!*...

Al través de los vidrios de las ventanas, Goncourt muéstrame, por último, su jardín, del que vive orgulloso y al que declara responsable de habitar Auteuil...

Bajamos á su gabinete de trabajo; consulto mi reloj y resulta que, para mí, han volado dos horas largas...

Pídeme el maestro mi álbum y dícame con su dulce sonrisa aristocrática:

—Voy á verme en el trance de echarlo á usted; me ha desatado la lengua y me ha dejado sin trabajar... ¿Qué quiere que le escriba?...

Y la idea suya, que servirá de epígrafe á mi novela próxima, viene á enriquecer, de su puño y letra, mi álbum de autógrafos:

—“*Un romancier n'est, au fond, qu'un historien des gens qui n'ont pas d'histoire*

Edmond de Goncourt.”

... Al salir, parece que todo ello no ha sido cierto, y para que la tarde resulte completa, no regreso á París por el camino de hierro, sino por el ómnibus que llega hasta la Magdalena y en cuya “imperial” instálome modestamente: necesito acabar de saturarme de arte... Voy tan hechizado, que apenas si en la avenida de los Campos Elíseos se posan mis ojos en el alud de carruajes con faroles encendidos, que, creyérase, se despeñan del grandioso Arco de Triunfo para ir á desparramarse hacia abajo, por la Plaza de la Concordia.

Por fuera y dentro háme envuelto en nostalgias y anhelos el crepúsculo tristemente encantador de esta tarde de otoño incomparable...

10 de octubre—En el Vaudeville, á ver "La Provinciale" de Giacosa, arreglada á la escena francesa por Paul Alexis.

Magnífica, la primera impresión; y, sin embargo, dudo que la pieza, á pesar de sus grandes efectos dramáticos, resista á un análisis levantado.

En un café medio italiano, ubicado atrás de la Opera, conozco á Eusebio Blasco, quien dispénsame afectuosa acogida luego de que á él me presenta Gustavo Baz. Díceme Blasco que el General Riva Palacio le ha hablado de mí, en Madrid; y no sé por qué su dicho se me figura más galantería que verdad. Promete mostrarme las oficinas de "Le Figaro," donde es él, actualmente, uno de los principales redactores; prométeme una visita; prométeme escribir en mi álbum....

11 de octubre—Entregué á Blasco mi álbum y me citó para mañana.

En Varietés, á oírle "Mme. Satan" á Baron y á la Granier.

12 de octubre—Un desengaño! Fui esta noche al célebre "CHAT NOIR," y en vez de lo que nos hablan la tradición y la leyenda, aquel medio espiritual y delicioso donde bohemios de talento,—de genio, en ocasiones...—derramaban su aticismo durante tres horas consecutivas, me encontré con un sucesor ó heredero que no vale gran cosa... Los cantos, obscenos ó tontos; la asistencia,

dudosa... Aceptable, en música, una especie de oratorio delicado, que se intitula: "La Marche á l'Etoile," con letra de poeta de veras, y decoraciones de sombra, al trasluz (especialidad de la casa); en canto, una romanza de honda ternura bien hallada; una madre arrulla á su hijo y lo amenaza, si no se duerme pronto, con embarcarlo en cierto *petit navire* medroso y fantástico.... pasan los años, el niño es hombre y marinero... por las noches, él, en el mar, y ella, en la casa humilde, cada cual entona al dormirse la canción del *petit navire*... y el *petit navire* medroso, de veras se lleva al hijo, al fondo del océano, en una borrasca...

Lo restante, abominable; indigno de la reputación del sitio y de la capital del pueblo "más espiritual de la tierra."

13 de octubre—En el Palais-Royal, á ver la "Nounou" de Hennequin. Un horror, y cuenta que Hennequin no es el primer venido.

15 de octubre—Blasco, como buen godo, no ha cumplido nada de lo que me prometió. Ni me ha visitado, ni me mostró "Le Figaro," ni me había devuelto mi álbum, hasta hoy.

Por suerte, al devolvérmelo está en buen momento de locuacidad y de humor, y excúsase, echando la culpa de sus informalidades á flaquezas étnicas y al arribo inminente de la escuadra rusa que ha sorbido aquí el seso á todo bicho viviente y que trae revueltos á los periodistas. Blasco se declara por la paz; atribuye á los próximos huéspedes eslavos una porción de virtudes, principalmente, la realización del desarme....

Me despido,—nos hallábase en el Salón de Visitas del poderoso diario, salón que como todo el edificio, es un portento de lujo, decorado y confort,